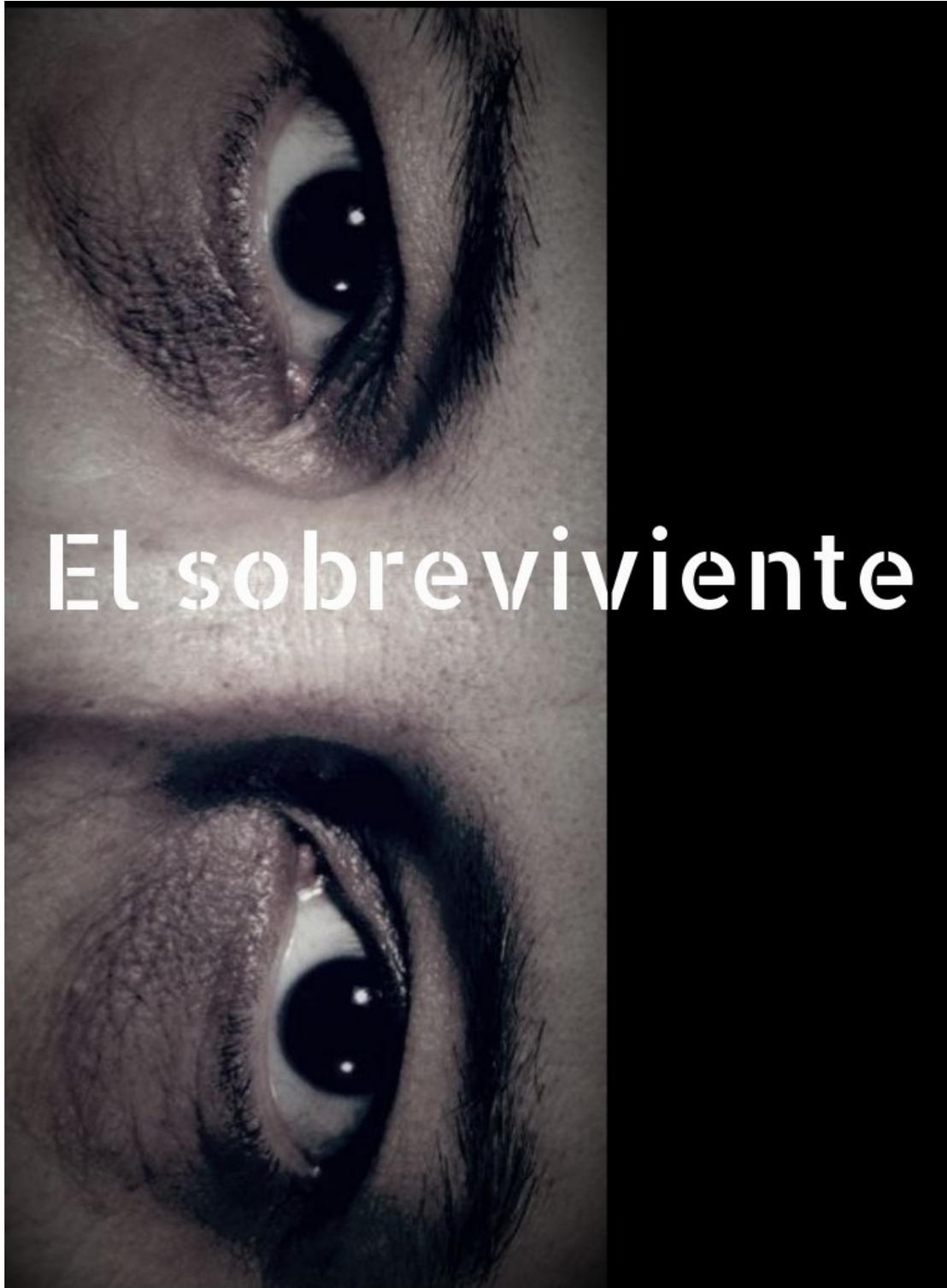


El Sobreviviente

Carla Daniela



Capítulo 1

El sobreviviente

En el mismo instante que tragué la última pastilla, sentí arrepentimiento. No me arrepentí de haberlas tomado, claro. Me arrepentí de no haber indagado más sobre lo que seguía. Podía sentir las pastillas disolviéndose en el vodka y quemando las paredes de mi estómago, el ardor en la garganta, pero más que nada, podía sentir lucidez mental como hace mucho no sentía, que era lo peor. La nostalgia me abrumó un poco, hace unos años hubiera pagado por poder sentirla y apareció cuando menos la esperaba, cuando más amenazaba.

Creo que pude sentir las náuseas inmediatamente. Sabía que era cuestión de tiempo que iba a quedar inconsciente. En el poco tiempo que me quedaba pensé que me iba a terminar de volver loco ¿Lo hice bien? ¿Busco por internet qué me va a suceder? ¿Me relajo y que pase lo que tenga que pasar?

Ya no podía volver atrás. Había tomado una decisión determinante y no podía acobardarme. Si iba a ser la última cosa que hiciera, la última decisión tomada, tenía que honrarla y tenía que honrarme de una vez por todas. ¿Y si tomo algunas más, por las dudas?

No sentía nada y era consciente que no sentía nada. Ninguna parte de mi cuerpo, la liviandad de mis extremidades era irresistible. Mi habitación se volvió oscura, negra, eterna. Mi mente ya no necesitaba respuesta, no importaba, nada me importaba.

Por fin estaba pasando. Abandonar este cuerpo joven, dejar atrás esta mente vieja y renunciar a este mundo insoportable. Me fundí en el sentimiento triunfal, el éxito era saboreable. Ya no sentía más agotamiento o dolor, la duda constante que me torturaba ya no inundaba mis venas, ahora solo la Dexopina.

En ese momento me sentía muy orgulloso de mi mismo. Hacia tanto no sentía este placer...

No podía respirar, supuse era lo normal... parte del "tratamiento".

No podía respirar y el horror explotó repentinamente en mi cerebro, en mi piel, en mis ojos. El pánico me aturdí y latía cada vez más fuerte, no podía respirar y era consciente de ello ¡Debería estar inconsciente, y no debería haberme dado cuenta que me estaba muriendo! ¡No debería desear sobrevivir!

Mis manos no podían hacer nada, por más fuerte que las frotara por mi cara, los gritos ahogados no podían pedir ayuda y por más que mirara fijo por la ventana, nadie iba a salvarme. Ahora añoraba el sabor del éxito en mi boca, ese de hace unos segundos u horas atrás. ¿Así era suicidarse? La habitación se volvió negra, oscura y eterna. Mi boca sabía a bilis y ya no pude sentir que no sentía nada.

La ventana. «¿Mi ventana?»

¡Sabía qué lo iba a hacer mal! ¡Sabía que no tomé suficientes pastillas! Digamos que no hay una prescripción médica que indique la forma correcta para esto. ¡Maldita sea! Un fracaso más.

Aún tumbado en el piso, deduje que me sentiría mareado, con náuseas y que no iba a ser nada fácil ponerme de pie, pero nuevamente me equivoqué y lo hice sin problemas. No sentía nada extraño. Solo vergüenza.

Las lágrimas quemaban mi cara y me ardía la nariz. También me dolía cerrar los ojos, pero más me dolía darme cuenta que en realidad me sentía aliviado. Mientras me preguntaba si quería volver a intentarlo miraba sin ver mi cuerpo. No podía captar todos los detalles, no podía entender lo que estaba pasando a mi alrededor, pero que carajo importaba, el caos de adentro era más interesante que el de afuera.

Como si alguien hubiera limpiado una ventana empañada, de repente, me di cuenta. Estaba mirando mi cuerpo desde mi cuerpo. Estaba viendo mi cadáver.

Mis ojos no pudieron contenerse y se abrieron exageradamente y con la garganta seca, mi primer pensamiento fue uno muy ridículo. «Me tendría que haber puesto pantalones».

Es muy difícil describir lo que sentí en ese momento. Me sentí engañado, estafado, aunque fue poco tiempo, pensé haber sobrevivido. Y me sentí preocupado, realmente preocupado: Había leído que quien se suicida,

queda en un limbo hasta que llegue su hora. Nunca había creído nada de eso, ni en reencarnaciones, ni el Karma, o en el paraíso/infierno, y mucho menos en el limbo. ¡Pero vamos! Si alguna vez me imaginé un limbo, no era este. No se supone que debía estar viendo mi propio cadáver, en mi propia casa. No se supone que sería todo tal cual era como cuando estaba vivo. ¡No se supone!

Era muy doloroso mirarme a mí mismo. Pálido, con los ojos morbosamente abiertos, con cara de susto y semi-desnudo. Más me dolía arrepentirme ¡Si tan solo un momento atrás hubiera podido pensar como ahora! Si hubiera podido sobrevivir de verdad y volver a convivir con el sentimiento tan básico de querer estar vivo... Me daba miedo tocarme. Sentía la necesidad bizarra de abrazarme, irónicamente, solo yo sabía cuánto necesitaba un abrazo momentos atrás, pero no me atreví, simplemente dejé la habitación y me dejé solo.

Tenía esta sensación de haber hecho algo tremendamente malo, no era culpa, era miedo. De pronto, volví a ser consciente de las consecuencias de mis actos.

Temía hacer ruido, caminaba en mi propia casa en puntas de pie, y abría las puertas muy despacio. Era algo que siempre hacía: Silencio cuando tenía miedo. Pasar desapercibido frente a la realidad... Pensándolo bien, supongo que esta idea fue la que me consumió en vida.

Mi cocina estaba tal cual la dejé, sucia, vacía y fría. Tomé asiento en la única silla (Muy despacio) y volví a llorar, sentí mucha lástima por mí mismo y recordé cuan mal hice las cosas antes. Cuantas veces no pude recibir ayuda y cuantas veces permití que sea inevitable no pedirla. Recordé como empezó todo y como no pude ver hacia donde me dirigía, la negrura de mi alma ya no estaba, pero la podía invocar en mi recuerdo perfectamente. Lloré como cuando era niño y me olvidé del silencio que quería hacer. Lloré con el alma, después de todo, ahora era eso: "Un alma". Ese llanto era reconfortante, no como antes de morirme, este aliviaba. «Que extraño».

No sabía si estaba solo en este nuevo "lugar" así que por las dudas me puse un par de pantalones, respiré hondo y salí afuera.

Me pareció insólito lo soleado que estaba el día, siempre imaginé al limbo en penumbras «¿Qué hora será?» Y me causó gracia mi propia ignorancia,

seguramente aquí no existían las horas.

El día era cálido, casi consolador. Se me ocurrió que quizás no era tan malo, hacía mucho no me emocionaba por sentir el sol en mi cara.

Caminé por horas, podía sentir el cansancio en mis pies, el calor en mis piernas, y la sangre subiendo por todo mi cuerpo hasta mis mejillas. Me crucé mucha gente en el camino y llegué a la conclusión que no todos estaban muertos como yo, no todos podían verme. Debo admitir que antes era muy sensible a la mirada de los demás, siempre me sentía juzgado o ignorado, y evitaba salir a la sociedad... Pero ahora era distinto, ahora era literalmente fantasma. Uno creería que en este estado haría todo tipo de cosas divertidas o atrevidas, pero yo no hice ninguna de ellas. Creo que simplemente disfrutaba disfrutar ser invisible. Era maravilloso caminar y que no me importara quien caminaba a mi lado. Ya muerto y ya tarde, sí sentía el alivio de ser nada.

De todas formas, sabía que no todos eran vivos del mundo real, había algunas personas en mí mismo plano, pude verlo en sus ojos, la misma mirada que tenía el cadáver de mi casa. Los mismos ojos tristes y asustados. No me atreví a preguntar, temía la respuesta.

En un arrebato de melancolía, absurdamente quise comunicarme con mi familia y disculparme. Ya no recordaba bien sus voces, pasó mucho tiempo de la última vez que habíamos hablado. Se me acongojaba la panza solamente de pensar en el momento en el que alguien le avise la terrible noticia a mi mamá: "Tu hijo mayor se suicidó"... Simplemente quise llamar y pedir perdón por haber dicho todas esas cosas, perdón por haberme alejado y obligarlos a que no me busquen, perdón por haberles quitado un hijo, un hermano, un tío antes de morirme siquiera. Igualmente, mi teléfono hacía tiempo no tenía tono y no pude comunicarme, se sintió como un puñetazo en los intestinos ¡Tenía tantas ganas de escuchar la voz de mi mamá! De nuevo, lágrimas de arrepentimiento.

Caminé un poco más. Antes de suicidarme, no se me hubiera ocurrido salir de casa y caminar tan lejos, supongo que este nuevo cuerpo "espiritual" no pesaba tanto o no sentía vergüenza. Me asustaba la idea de no saber cuánto tiempo me quedaba ahí, pero intenté convencerme que todo se trataba de eso mismo, de liberar. El sol ya bajaba y decidí volver a casa, me propuse que mañana hablaría con alguien para averiguar un poco de mi nueva realidad.

Aún inmerso en pensamientos lamentosos, traté de recordar que fue lo que me llevó a tomar al fin la decisión, e imaginar innecesariamente que hubiera sido de mí si no lo hubiera hecho. Recordé la imagen de mi cadáver, y dolió como cuando lo vi en vivo y en directo, estaba tan hundido en mí, que no me había percatado que estaba en la plaza

—¿Señor? ¿Señor, me puede alcanzar la pelota? —Esa niña no tenía ojos tristes o asustados, de hecho, tenía los ojos más lindos que vi.

—¿Yo?

—¡Sí! Dijo la niña sonriendo. —Usted.

Como si fuera un robot controlado por ella, me agaché, tomé la pelota y la arrojé.

—¡Gracias Señor!

Corrí lo más rápido que pude a mi casa. Corrí mientras pensaba en mi cadáver, mientras pensaba en esa niña que sí me vio, pensé en las pastillas y pensé en sus ojos tan vivos.

Mi casa estaba tal cual la dejé: La puerta abierta, el frasco vacío de pastillas tirado, el vodka volcado en el suelo y ningún cadáver mío al lado.

Sentí las náuseas y el mareo que me debía a mí mismo, pero reí igual, haciendo mucho ruido.

Carla Daniela.-